

I JORNADAS  
de la  
*Real Academia de Córdoba*  
en *Cardena*



*"Naturaleza, cultura  
y patrimonio"*  
**28 FEBRERO**  
de 2015



*Antonio Bujalance*

Autor de  
la ilustración  
Antonio Bujalance

# **NATURALEZA, CULTURA Y PATRIMONIO EN CARDEÑA**

CRIADO COSTA, Joaquín, GARCÍA CANO, María Isabel y VALLE BUENESTADO, Bartolomé  
(Coordinadores)

## CONTENIDO

### **Introducción**

CRIADO COSTA, Joaquín, GARCÍA CANO, María Isabel y VALLE BUENESTADO, Bartolomé

### **Conferencia inaugural:**

ROLDÁN CAÑAS, José y ROLDÁN BAENA, Francisco Javier  
*Una visión foránea al Parque Natural Sierra de Cardeña y Montoro*

## **I.- FUENTES DOCUMENTALES Y CONFLICTOS SOCIALES**

CRUZ CASADO, Antonio  
*Bandoleros en Sierra Morena (Ventas y bandidos en textos literarios decimonónicos)*

FROCHOSO SÁNCHEZ, Rafael  
*Miscelánea de documentos referentes a Cardeña*

GARCÍA CANO, María Isabel  
*Cuatrocientos años de conflicto por el término. Cardeña 1531-1933*

NEVADO CALERO, Juan Gregorio  
*Documentos e imágenes de Cardeña en el archivo de la Diputación de Córdoba*

## **II.- DEMOGRAFÍA E IGLESIA**

LUQUE REVUELTO, Ricardo M. y PULIDO JURADO, Rafael  
*Poblamiento y hábitat diseminado en el término de Cardeña: chozas y albergues ganaderos*

MORENO VALERO, Manuel  
*Párrocos de Azuel*

## **III.- PATRIMONIO NATURAL**

INFANTE GARCÍA.PANTALEÓN, Félix  
*El niscal: Un P.F.N.M. más en la Sierra Cardeña-Montoro*

QUESADA FERNÁNDEZ, Clara y QUESADA FERNÁNDEZ, Daniel  
*Cardeña: paisaje, población e incendios forestales*

RECIO ESPEJO, José Manuel  
*Suelos de la dehesa de Los Pedroches (Córdoba)*

#### **IV.- PRENSA: DIARIO CÓRDOBA**

LUQUE, Rosa

*La Academia de Córdoba se acerca a las raíces de Cardeña*

SALCEDO, Marisol

*La cocina de Cardeña*

# ***BANDOLEROS EN SIERRA MORENA (VENTAS Y BANDIDOS EN TEXTOS LITERARIOS DECIMONÓNICOS)***

---

ANTONIO CRUZ CASADO  
Académico Numerario

---

## **Resumen**

Tras analizar diversas referencias geográficas y culturales de la zona de Cardeña, el trabajo se centra en el análisis de las ventas, origen de esta población, tal como aparecen en tres relatos del siglo XIX, entre los que están *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, del conde polaco Jan Potocki, posible viajero por estos lugares de Sierra Morena, *Juan Palomo o la expiación de un bandido*, de Manuel Fernández y González, finalizando con *El ventero*, un cuadro de costumbres del Duque de Rivas.

## **Palabras clave**

Bandolerismo. Sierra Morena. Ventas. Cardeña. Jan Potocki. Fernández y González. Duque de Rivas.

## **Summary**

After analyzing various geographical and cultural references in the area of Cardeña, this essay focuses on the analysis of the “ventas” (the inns), origins of the aforementioned village, as they appear in three accounts of the 19<sup>th</sup> century, among which we find *The Saragossa manuscrit*, by the Polish Count Jan Potocki, possible traveler in these parts of Sierra Morena, *Juan Palomo o la expiación de un bandido*, by Manuel Fernández y González, and *El ventero* (the innkeeper), a scene of customs by the Duque de Rivas.

## **Keywords**

Outlawry / banditry. Sierra Morena. Inns. Cardeña. Jan Potocki. Fernández y González. Duque de Rivas.

¡Qué bien los nombres ponía  
quien puso Sierra Morena  
a esta Serranía!<sup>1</sup>

Antonio Machado

---

<sup>1</sup> MACHADO, Antonio, “A la manera de Juan de Mairena”, en Manuel y Antonio Machado, *Obras completas*, Madrid, Plenitud, 1957, p. 976.

A finales del siglo XVIII, en el volumen correspondiente del *Atlante español* (1787), se habla de la gran variedad botánica que se localizaba en esta zona, al norte de Montoro, resaltando:

sus montes de encinas, quejigos, robles, enebros, alcornoques, coscoja, acebuches, álamos blancos y negros, algarrobos, sauces y fresnos; hay en ellos caza mayor y menor, muchos colmenares, bastante leña, buenos pastos, para la manutención de la cría del ganado cabrío y vacuno, y mucha grana kermes<sup>2</sup>.

El último elemento citado, la grana kermes de la comarca, era un valioso pigmento, muy buscado por los tintoreros, entre ellos los valencianos, tal como se indica en otro texto, en este caso bastante posterior, de 1869:

[se encuentra aquí] una respetable cantidad de grana-quermes, de la que existen dos especies, una que sale espontáneamente en la coscoja y es recolectada por los valencianos, que vienen ex profeso en su busca, y otra muy fina y más pequeña, espontánea también, que anida en el envés de las hojas de los quejigos y juzgo de un estudio particular<sup>3</sup>.

Estos lugares tienen también un considerable aprecio desde el punto de vista de la salud, como se desprende de la existencia de acuíferos que surten el cercano balneario del Arenosillo, de aguas sulfurosas<sup>4</sup>, o de la simple estancia en sus tierras, con una sana alimentación natural, de lo que da fe, por ejemplo, en 1776, una carta del famoso Cura de Montoro, don Fernando José López de Cárdenas, oriundo de Priego y autor de unas importantes *Memorias de la ciudad de Lucena y su territorio* (1777), como se sabe<sup>5</sup>, que escribe al erudito santanderino don Fernando José de Velasco y Ceballos, desde

---

<sup>2</sup> ESPINALT Y GARCÍA, Bernardo, *Atlante español o descripción general geográfica, cronológica e histórica de España, por reinos y provincias de sus ciudades, villas y lugares más famosos; de su población, ríos, montes, etc.*, Madrid, Imprenta de González, 1787, tomo XI, "Descripción del reino de Córdoba", pp. 273-274, grafía actualizada.

<sup>3</sup> MARTÍNEZ Y REGUERA, Leopoldo, *Reseña histórico-descriptiva de Montoro*, Montoro, Juan Antonio Barbado, editor, 1869, p. 238. En otro lugar, se nos indica que su presencia era frecuente en las coscojas: "En este arbustillo, o mata leñosa, se cría la grana kermes debida a la hembra de un insecto denominado *Coccus ilicis* L. que hace la postura debajo de su cuerpo, sirviendo para tintes; pero es preciso que la *Coscoja* crezca en sitios calientes y abrigados para presentar esta producción, común quizá a las demás especies afines", COLMEIRO, Miguel, y BOUTELOU, Esteban, *Examen de las encinas y demás árboles de la Península que producen bellotas, con la designación de los que se llaman mestos*, Sevilla, Imprenta de D. José M. Geofrín, 1854, p. 12.

<sup>4</sup> Se señala que el descubrimiento de los efectos saludables de estas aguas fue debido a un perro que padecía sarna y sanó de la misma, según cuenta un científico del siglo XIX: "Varias fuentes minerales, principalmente las sulfurosas, se deben al instinto de perros sarnosos que en ellas curaban, llamando la atención de los pueblos. En Montoro existe un ejemplo patente, en el venero sulfo-acídulo-salino-férreo-silicatado de Arenosillo, tan maravilloso por sus virtudes como abandonado por el Ayuntamiento, a quien por desgracia pertenece, cuyas cualidades fueron determinadas en 1819 por unos podencos, afectos de arestín, propios de D. Manuel Madueño Garande, capellán conocido por *Nunca la cania*, verdadero descubridor del manantial en la margen derecha del arroyo que le da nombre, a unos cuatro kilómetros al Norte de la ciudad", pp. 75-76.

<sup>5</sup> Entre otras aportaciones sobre el personaje, cfr., CRUZ CASADO, Antonio, "La polémica en torno a la comedia de José Concha: objeciones de don Fernando José López de Cárdenas, cura de Montoro, y respuestas del cura lucentino don Fernando Ramírez de Luque", *Angélica. Revista de Literatura*, 6, 1994, pp. 371-388.

Montoro, el 4 de mayo del año antes indicado: “Mañana 5 me parto a esta sierra en cinco leguas de distancia, con el fin de tomar leche de vaca para mejorarme”<sup>6</sup>.

Como vemos, la salubridad de estos lugares parece algo garantizado, como también lo está la abundante alimentación, procedente de la ganadería y de la caza. En este sentido, se nos habla de la cacería de jabalíes, por parte de lugareños que resultan ser muy expertos cazadores, en un texto sobre la fauna de Sierra Morena:

Existen en Montoro, y más aún en Cardeña, Azuel, Ventas del Charco, del Cerezo, de la Chaparrera y de San Antonio, cazadores de oficio, sin recova ni elementos monteros, con una escopeta vetusta, desvencijada y reatada con correas de venado, que le persiguen sólo con su perrillo husmeador o sin él, pues en suma no hace falta a la perfectísima educación venatoria, casi instintiva, de sus sentidos<sup>7</sup>.

Claro que, en contrapartida, también existen muchos lobos, amén de numerosas variedades de otros animales salvajes y domésticos, algunos de notable curiosidad, como sucede con determinadas variedades de murciélagos: dos ejemplares del raro *rhinolofus ferrum-equinum*, encontrados en Cardeña y Azuel<sup>8</sup>, en 1870. Veamos lo que se dice a propósito de los lobos de estos contornos, de su caza y de la escasa recompensa oficial que sus matadores obtienen por la misma:

En Montoro y pueblos limítrofes, cuyos municipios olvidan en sus presupuestos la consignación correspondiente, o la hacen mezquina e inaceptable, han adoptado la costumbre los matadores de lobos de irlos exhibiendo a los labradores y ganaderos, entre quienes recolectan las expresiones de su gratitud, cuya propina eventual y voluntaria no estimula a los cazadores. Los pastores de Sierra-Morena le espantan con hogueras y linternas de colores, a cuyas luces teme por su habitual cautela; También se estrellan sus dientes, y se clava su boca en las carlancas de los perros, poseedores así de ventajosos recursos de defensa. Los medios más ordinarios de matarle en estos montes, son la trampa o la escopeta, al acecho, por la dificultad de alcanzarlo a tiro en campo raso<sup>9</sup>.

Durante todo el siglo XIX, esta comarca tenía como núcleo humano fundamental las ventas, de las que existen gran número por la zona, tal como recuerda el doctor Leopoldo Martínez y Reguera, en su *Reseña histórica-descriptiva de Montoro*, de 1869:

---

<sup>6</sup> LÓPEZ DE CÁRDENAS, Fernando José, *Correspondencia con Fernando José de Velasco, 1771 a 1775 [1776] y otros opúsculos del Cura de Montoro*, mss. 2541, BN., f. 8 r., grafía actualizada La carta continúa en los siguientes términos: “He escogido el sitio que llaman el Escorial, por las escorias de minas que allí hay. Llevo espiochas y gente para trabajar en cristal montano y en piedras de jacintos y ametistos [sic] que allí se ha. Quiera Dios que mi inquisición venga con mis deseos, que al fin será más gustosa que la que suena, sobre caza de deístas y materialistas que se ocultan en España”.

<sup>7</sup> MARTÍNEZ Y REGUERA, Leopoldo, *La fauna de Sierra-Morena*, Madrid, Imprenta de M. Romero, 1881, p. 202.

<sup>8</sup> Tras incluir sus características físicas, Martínez comenta: “El de Cardeña era una hembra con, dos mamas pectorales y dos pezones o verrugas inguinales, con los caracteres del anterior, diferenciándose sólo en el sexo, en su menor volumen, en su mayor envergadura relativa, en el trago diminuto de sus orejas y en carecer de incisivos superiores, de anómalos y de láminas intermaxilares. El otro ejemplar de Azuel, macho con pelaje completamente rojo, es rarísimo en el país, según los naturales más inteligentes. Este murciélago, que posee las cualidades antes expuestas, es, como sus congéneres, crepuscular, vagabundo, de vuelo irregular, insaciable y feroz hasta el extremo de acometer, destrozar y devorar a sus semejantes, conforme ha acreditado A. G. Desmarests. Es poco común en las cercanías de Montoro; más abundante en las ventas de Cárdena, Azuel, el Charco y demás aldehuelas y cortijos de la Sierra, especialmente hacia el Norte”, *Ibid.*, p. 20.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 112.

A 6 leguas al norte de Montoro se halla la venta de Cardeña, con unas 100 familias, que habitan en casas pajizas y se mantienen de la caza. Tiene Alcalde pedáneo y una escuela elemental, creada a últimos de 1864, a cargo de don Rafael Santiago Díaz, con 1500 reales de sueldo y 375 para gastos de material.

Una legua más allá, en la misma dirección, está la cortijada o aldea de Azuel, con 50 vecinos, que, como ya hemos visto, fue importante población antigua que conserva muchos vestigios de todas las épocas y sirvió de teatro en la memorable batalla en que el rey de Toledo destruyó las huestes combinadas de los reyes árabes de Sevilla y Córdoba, que murieron en la refriega.

Además de estas dos, hay en el término de Montoro las siguientes ventas: una en el camino real de Madrid a Cádiz. La Chaparrera. Las dos del Cerezo. La del Charco. Y la de San Antonio, con nueve o diez vecinos, cuyo propietario, don Antonio López Madueño, pretendió colonizar<sup>10</sup>.

Este peculiar habitat humano se constata en otros textos de la época, como comprobamos, al tratar del término de Montoro, en el conocido *Diccionario geográfico*, de Pascual Madoz, algo anterior al texto antes citado (1850), en el que se señala:

Comprende los caseríos de la Venta del Charco, con 6 vecinos, Navalamoheda con 16, Cardeña con 67, Venta de San Antonio con 9, la del Cerezo con 25 y la de Azuel con 47<sup>11</sup>.

Aquí se indican también los productos agropecuarios específicos de la zona, entre los que están el ganado y la caza:

En sus campos se cría ganado vacuno, lanar, cabrío y de cerda; los montes abundan en venados, ciervos, jabalíes, corzos, liebres, conejos, perdices, palomas torcaces y demás caza menor, y en sus ríos y arroyos se cogen barbos, anguilas y bogas de exquisito gusto<sup>12</sup>.

Todos los datos indicados<sup>13</sup> nos hacen pensar que en estos contornos serían frecuentes, en la realidad histórica decimonónica, creemos que poco estudiada en este

---

<sup>10</sup> MARTÍNEZ Y REGUERO, Leopoldo, *Reseña histórico-descriptiva de Montoro*, op. cit., p. 145.

<sup>11</sup> MADDOZ, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, Madrid, Imprenta del Diccionario Geográfico, 1850, tomo XI, p. 567.

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> Así como la incorporación a una variante del antiguo escudo de Cardeña (o tal vez propuesta del mismo) de un cuartel con una construcción, en el que se señala el término *Venta*, cfr., al respecto, ORTIZ JUÁREZ, Dionisio, BERNIER LUQUE, Juan, NIETO CUMPLIDO, Manuel y LARA ARREBOLA, Francisco, *Catálogo artístico y monumental de la provincia de Córdoba*, Córdoba, Excma. Diputación, 1981, tomo I. Adamuz-Bujalance, lámina en color al comienzo de la parte dedicada a Cardeña. Con relación al escudo actual, encontramos el siguiente informe de la Real Academia de la Historia: “El Ayuntamiento de Cardeña, acogiéndose a la legislación vigente, solicita crear su blasón municipal, del que se halla falto, recurriendo como elemento destacable de su fisonomía colectiva a una razón etimológica, cual es el sustantivo “cardeña”, designando la piedra preciosa, cárdena, como es el carbúnculo. Así, pues, el escudo de Cardeña podría organizarse: *De oro, un carbúnculo, de gules, radiado del mismo color. Al timbre, corona real, cerrada*. Esta Real Academia entiende que, a falta de otros factores indígenas aprovechables, éste, más socorrido, de “lo parlante”, puede ser válido en la actual coyuntura. Pese a lo dicho, la Real Academia decidirá con su mejor criterio. Madrid, 24 de junio de 1976. Dalmiro de la Válgoma. (*Aprobado en sesión de 25 de junio de 1976*)”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CLXXV, cuaderno I, enero-abril, 1978, p. 210.



sentido<sup>14</sup>, las partidas de bandoleros y de ladrones, como era usual en muchos otros lugares de Andalucía, aunque aquí marcada y potenciada por la cercanía efectiva de Sierra Morena, la auténtica, no la de la canción española que se extiende, según una de ellas, de Puente Genil y Lucena, de Loja a Benamejí, donde las “mocitas de Sierra Morena se mueren de pena” por el gitano Antonio Vargas Heredia.

Esa lejanía e indefinición poética se observa también en los textos literarios que hoy queremos recordar, puesto que no se trata de ventas que lleven los nombres concretos de Cardeña, Azuel, el Charco<sup>15</sup>, u otros similares, sino de ubicaciones humanas de esta zona agreste que ofrecen entre sí características bastante similares.

Hemos escogido para ello tres textos que nos parecen significativos en lo que se refiere a la visión literaria del bandolerismo andaluz; uno de un conde polaco, Jan Potocki (1761-1815), que nos dejó una visión fantasmagórica de la zona, en su alabada novela gótica *Manuscrito encontrado en Zaragoza* (1804-1805); otro, de una de las primeras novelas del exuberante y popularísimo don Manuel Fernández y González (1821-1888), al que suele considerarse el creador y consolidador de la novela de bandoleros andaluces, la titulada *Juan Palomo o la expiación de un bandido*, de 1855 aproximadamente, que luego se incorpora a la parte final de la materia de *Los siete niños de Écija* (1863), y, por último, un tétrico relato breve, aunque se nos presenta con los rasgos formales de un cuadro de costumbres y que ofrece más valor literario que el anterior, escrito por el Duque de Rivas (1791-1865), titulado *El ventero*, e incluido en su momento en una publicación muy difundida, *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844).

Pero creemos que, en cualquier relato de bandoleros, suele estar presente la venta como lugar de refugio o de paso de bandidos y malhechores de más o menos importancia. Es lo que constatamos, por ejemplo, en la novela poco conocida de Antonio Cubero, *Los salteadores de Sierra-Morena* (1860), donde leemos:

Estas y otras frases análogas se cruzaban los cuadrilleros, entre los que hemos visto a Tragaldabas y otros tantos arcabuceros de los que habían estado en persecución de los salteadores de Sierra-Morena, que formando cerco alrededor de una gran chimenea de montera de la hospedería o venta del Cuervo, se calentaban a la claridad de roja y viva llama, mientras que metían entre pecho y espalda sendos tragos de mosto<sup>16</sup>.

O en este otro texto, del mismo volumen:

---

<sup>14</sup> Datos históricos sobre el bandolerismo en la zona aparecen en los interesantes estudios de MORENO VALERO, Manuel, “Los Pedroches una comarca insegura”, en *Actas de las Segundas Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía* (Jauja, octubre de 1998), Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 1999pp. 331-349, y de MERINO MADRID, Antonio, “Bandolerismo en Los Pedroches (Córdoba). Realidad histórica, tradición oral y ficción literaria”, en *El bandolerismo en Andalucía. Actas de las III Jornadas*, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2000, pp.333-355.

<sup>15</sup> Para la realidad concreta de estos lugares, cfr., entre otros, el capítulo “Cardeña, Azuel y Venta del Charco”, en TORRES ESQUIVIAS, José Antonio, *La Sierra de Cardeña y Montoro*, Córdoba, Fundación Caja Rural, 2010, pp. 91-98. Con respecto a los caminos que cruzan la zona, cfr., entre otros estudios, PALOMO PALOMO, Juan, “Evolución de los caminos de Córdoba a Toledo por el norte de Córdoba desde la Antigüedad a la Edad Moderna”, *Almirez*, 7, 2006, pp. 77-112, especialmente p. 88 y ss., para Cardeña.

<sup>16</sup> CUBERO, Antonio, *Los salteadores de Sierra-Morena*, Madrid, Murcia y Martí editores, 1860, p. 65.

La venta del Cuervo estaba al pié de Sierra- Morrena, en el camino de Granada a Madrid, y como a unas tres leguas del Barranco Hondo, sitio por donde en aquel tiempo iba el camino real<sup>17</sup>.

Recordemos, en las tres obras seleccionadas, el lugar de la acción de todo o de gran parte del relato, e indiquemos previamente algunas referencias acerca de sus autores y de las novelas en cuestión.

### *El manuscrito encontrado en Zaragoza*

Con relación al conde polaco Jan Potocki (1761-1815) hay que señalar que se cumplen precisamente ahora doscientos años de la muerte del aristócrata escritor; fallece el día 2 de diciembre de 1815, en Uladowka, descerrajándose un tiro en la cabeza con una bala de plata que, según se dice, había conseguido a partir del asa de un azucarero de plata; entre las posibles causas se apunta que quizás influyó el resultado de la batalla de Waterloo (18 de junio de 1815), donde fue derrotado Napoleón, con lo que se deshacía, de paso, el sueño de los patriotas polacos de tener una nación libre e independiente de Rusia

Parece ser que fueron los diversos viajes del autor por España, especialmente por el sur, con visitas a las ciudades de Sevilla, Granada y Córdoba<sup>18</sup>, los que le facilitaron variados detalles directos de ambiente que luego aparecen empleados en diversos lugares de la novela.

La novela parte de un recurso literario bien conocido, el manuscrito encontrado, que tiene numerosos precedentes en la literatura, como sucede nada menos que con Cervantes, puesto que la narración “original” de las aventuras del caballero manchego es obra de un autor árabe, Cide Hamete Benengeli, cuyo original hay que traducir al castellano. En el caso de Potocki, la trama parte del manuscrito que encuentra en Zaragoza (de ahí el título de la novela) un oficial de los ejércitos napoleónicos vencidos en España<sup>19</sup>; en una casa abandonada; el texto de los cuadernos que componen el volumen está escrito en español y hay que traducirlo al francés, idioma original de la obra del noble polaco. A partir de ahí se desarrolla la historia personal de Alfonso van Worden, según el relato del supuesto manuscrito español, el cual narra sus aventuras en primera persona y dice ser un capitán de la guardia valona del rey Felipe V, por lo que la acción del relato se sitúa en los albores del siglo XVIII.

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>18</sup> Un buen estudio sobre esta novela, con insistencia en el ambiente español de la misma, es el de DOMÍNGUEZ LEIVA, Antonio, “La España de la novela negra francesa: el *Manuscrit trouvé a Saragosse*”, en Merce Boixareu y Robin Lefere, coord., *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación...*, Madrid, Castalia, 2002, pp. 431-444; del mismo autor, *El laberinto imaginario de Jan Potocki. Manuscrito encontrado en Zaragoza (Estudio crítico)*, Madrid, Uned, 2000. Sobre el carácter fantástico de esta narración, vid., el ya clásico estudio de TODOROV, Tzvetan, *Introduction à la littérature fantastique*, Paris, Editions du Seuil, 1970, pp. 31-36, especialmente.

<sup>19</sup> Este marco estructural del relato o introducción falta en la edición de San Petersburgo, que se suele fechar en 1804-1805 y que la Biblioteca Nacional Francesa, en su ejemplar localizable en la página web, define como “Pruebas de imprenta”. La referencia al sitio (o sitios) de Zaragoza (que tuvo lugar, como se sabe, antes del 21 de febrero de 1809, fecha de la claudicación) implica que el añadido es posterior a esa fecha y se incluye ya en la versión de la obra titulada *Dix journées de la vie d'Alphonse van-Worden*, Paris, Gide fils, 1814, I, s. p., en “Advertissement”.

Desde el punto de vista estructural, el relato ofrece características similares a las del *Decamerón* y otros textos afines<sup>20</sup>. Dividido en jornadas, que sobrepasan el número de sesenta, en las versiones más extensas (aunque al final se añaden elementos ajenos a la narración inicial), la historia de este joven militar comienza con la travesía del mismo por los desiertos caminos del norte de las provincias de Jaén y de Córdoba, en un contexto geográfico poco caracterizado, es decir, bastante irreal, propio de una narración prerromántica escrita por un viajero polaco, que ha atravesado alguna vez por estas tierras, cosa que sucedería en los años finales del siglo XVIII, en torno a 1791, aunque se apunta que ya estuvo por la zona en otra ocasión anterior, en 1778.

Uno de los núcleos de la acción transcurre en una venta de Sierra Morena, que recibe el nombre de Venta Quemada y que se sitúa en el camino que va desde Andújar a Extremadura. Veamos cómo se describe:

A decir verdad, no faltaban algunas ventas o posadas dispersas en aquella ruta desastrosa, pero los aparecidos, más diablos que los venteros mismos, los habían forzado a cederles el lugar y a retirarse a comarcas donde no les fuera turbado el reposo sino por los reproches de su conciencia, fantasmas estos con los cuales los venteros suelen entrar en componendas; el del mesón de Andújar invocaba al apóstol Santiago de Compostela para atestiguar la verdad de sus relatos maravillosos; agregaba, por último, que los arqueros de la Santa Hermandad se habían negado a responsabilizarse de ninguna expedición por Sierra Morena, y que los viajeros tomaban la ruta de Jaén o la de Extremadura<sup>21</sup>.

La venta está llena de laberintos y de sorpresas, en la línea de los recintos cerrados de la novela gótica. Veamos el lugar externo de la acción y, a continuación, una somera descripción del edificio donde se hospeda:

En el lugar mismo donde hoy está la posta, había entonces un paraje que los arrieros llamaban Los Alcornos, o Encinas Verdes, porque dos hermosos árboles de esta especie sombreaban un abundante manantial contenido por un abrevadero de mármol. Era la única fuente y la única umbría que se encontraba desde Andújar hasta Venta Quemada. Este albergue grande, espacioso, construido en medio del desierto, había sido un antiguo castillo de los moros que el marqués de Peña Quemada hizo reparar, y de allí le venía el nombre de Venta Quemada. El marqués lo había alquilado a un vecino de Murcia, que estableció en él la posada más considerable que hubiera en la ruta. Los viajeros partían, pues, por la mañana de Andújar, comían en Los Alcornos las provisiones que trajeran consigo, y pasaban la noche en Venta Quemada; a menudo se quedaban durante el día siguiente, preparándose allí a pasar las montañas y haciendo nuevas provisiones; tal era, asimismo, el plan de mi viaje (pp. 32-33).

La venta es, al mismo tiempo, un lugar solitario y amenazante, como suele suceder en las casonas o castillos de muchos otros relatos de tipo fantástico o terrorífico:

---

<sup>20</sup> Con esta referencia decameroniana se ha titulado en alguna ocasión la segunda parte de la obra: Jan Potocki, *El nuevo Decamerón*, pról. Jaime Rest, Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto, 1977, en la que el relato alcanza sesenta y seis jornadas, más un epílogo.

<sup>21</sup> POTOCKI, Jan, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, pról. Roger Caillois, Barcelona, Minotauro, 1998, pp. 31-32. Las restantes referencias a la obra se hacen en el cuerpo del texto mediante la indicación de página. El prólogo de Roger Caillois, gran experto en literatura fantástica, resulta sumamente clarificador.

Al salir de este valle y entrar en otro, descubrí desde lejos la venta que debía albergarme, y no auguré de ella nada bueno. Observé que no tenía ventanas ni celosías; no humeaban las chimeneas; no había gente en los alrededores, y los aullidos de los perros no anunciaban mi llegada. Deduje que sería una de aquellas ventas abandonadas por sus dueños, como había dicho el mesonero de Andújar.

Cuanto más me acercaba, más profundo me parecía el silencio. En la puerta de la venta, vi un cepillo para echar limosnas, acompañado por la siguiente inscripción: «Señores viajeros, sed caritativos y rogado por el alma de González de Murcia, que en otros tiempos fue mesonero de Venta Quemada. Después seguid vuestro camino y en ningún instante, bajo ningún pretexto, se os ocurra pasar aquí la noche» (p. 37).

La impresión de desolación laberíntica, a la que hacíamos antes referencia, es visible en textos como el siguiente:

Atravesé muchos aposentos y salas. La mayoría estaban revestidos de mosaicos hasta la altura de un hombre, y en los techos había esos bellos artesones en los cuales resplandece la magnificencia de los moros. Visité las cocinas, los graneros, los sótanos; estos últimos estaban cavados en la roca, y algunos comunicaban con rutas subterráneas que parecían penetrar muy adentro en la montaña; pero no encontré de comer en ninguna parte. Por último, como era ya de noche, busqué mi caballo, atado en el patio, lo llevé a un establo donde había visto un poco de heno, y fui a un aposento a tenderme en un jergón, el único que hubieran dejado en todo el albergue. También hubiese querido una candela, pero el hambre que me atormentaba tenía su lado bueno, pues me impedía dormir (p. 38).

Claro que estamos en una especie de trasunto de la venta encantada, casi como la que se representa don Quijote en su imaginación, en cuya puerta hay dos bandoleros ahorcados, pero que guarda también en el interior a dos hermosas jóvenes moras, Zobeida y Emina, que le cuentan su historia, pero que desaparecen al amanecer, tras una noche de exquisitas comidas, bailes y marcado erotismo, con actuaciones que las hace parecer, ante los ojos del atolondrado oficial, una variedad de demonios<sup>22</sup> súcubos o de vampiros. Y es entonces cuando Alfonso se encuentra abrazado a los esqueletos de los hermanos ahorcados:

¿Cómo encontrar palabras para expresar el horror que se apoderó de mí? Estaba acostado bajo la horca de Los Hermanos, y los cadáveres de los dos hermanos de Soto no colgaban de la horca, sino que yacían a mi lado. Al parecer, había pasado la noche con ellos. Descansaba sobre pedazos de cuerdas, trozos de hierro, restos de esqueletos humanos, y sobre los espantosos andrajos que la podredumbre había separado de ellos.

Creí no estar del todo despierto y debatirme en una pesadilla. Volví a cerrar los ojos y traté de recordar dónde había pasado la víspera...

---

<sup>22</sup> A veces piensa Alfonso que se encuentra en presencia de criaturas satánicas: “A tal punto sus palabras me parecieron una insinuación de Satán, que me figuré ver cuernos asomando en la bonita frente de Zebedeá. Balbuceé algunas frases sobre la religión. Las dos hermanas retrocedieron un poco” (p. 47) “También sus palabras me hicieron pensar en el espíritu de las tinieblas que, no habiendo podido inducirme en tentación por la voluptuosidad, trataba de hacerme sucumbir por la codicia. Pero las dos hermanas se llegaron a mí, y me pareció que tocaba cuerpos, y no espíritus” (p. 51).

Entonces sentí unas garras hundiéndose en mis flancos. Un buitre, posado sobre mí, estaba devorando a uno de mis compañeros de lecho. El dolor que me causó la impresión de sus uñas terminó de despertarme. Pude ver las ropas que me había quitado y me apresuré a vestirme. Después quise salir del recinto del cadalso pero encontré la puerta clavada y en vano traté de romperla (pp. 54-55).

La posada solitaria, en plena serranía, se convierte de esta manera en un lugar diabólico, propicio a la presencia de lo sobrenatural, un sitio extraño en el que se presenta una curiosa mezcla de sensualidad y de muerte, cuyos malignos efectos sufren otros personajes, como sucede al endemoniado Pacheco. Así recuerda éste algunos sucesos de su extraordinaria narración:

En efecto, muy pronto vi una llama en el atrio de la cocina. Como la llama se aclarara, no vi a Inesilla y a Camila, sino a los dos hermanos de Soto colgados de la chimenea.

Esta visión me puso fuera de mí. Salí de la cama, salté por la ventana y me eché a correr por los campos. Por un momento pude jactarme de haber escapado a tantos horrores, pero al volverme vi que me seguían los dos ahorcados. Entonces corrí más aún y vi que los ahorcados habían quedado atrás. Pero no duró mucho mi alegría. Los detestables seres se abalanzaron por los aires y en un instante los tuve sobre mí. Seguí corriendo. Por último las fuerzas me abandonaron.

Entonces sentí que uno de los ahorcados me apresaba por el tobillo izquierdo. Quise librarme de él, pero el otro ahorcado me cortó el camino. Se presentó ante mí, con ojos aterrorizadores y sacando una lengua roja como el hierro que se retira del fuego. Pedí gracia. Vanamente. Con una mano me aferró de la garganta y con la otra me arrancó el ojo que me falta. En el lugar del ojo hizo entrar su lengua abrasadora. Me lamió el cerebro y me hizo rugir de dolor (pp. 64-65).

Más adelante, encontramos una referencia a la Venta de Cardeñas [sic], en las palabras de un religioso, que ayuda al protagonista del relato:

- Veo con tristeza que vuestras virtudes reposan en un pundonor exagerado, y os advierto que ya no encontraréis un Madrid tan belicoso como en tiempos de vuestro padre. Las virtudes han de basarse en principios más firmes. Pero no quisiera deteneros más, porque aún tenéis una pesada jornada antes de llegar a la Venta del Peñón, o mesón del acantilado. Su huésped ha permanecido en él, a despecho de los bandidos, porque cuenta con la protección de una banda de gitanos que acampan en los alrededores. Pasado mañana llegaréis a la Venta<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Vuelve a aparecer el término más adelante, en una recapitulación del narrador, al comienzo de la jornada décima: “De pronto, escuché a lo lejos una música muy alegre cuyos sonos parecían atravesar la montaña. Cuando se hicieron más nítidos, divisé una alegre banda de gitanos que avanzaba cadenciosamente, cantando y acompañándose con panderetas y castañuelas. Establecieron su campamento volante cerca de la terraza, cosa que me permitió observar la elegancia de sus vestiduras y de su porte. Imaginé que serían los mismos gitanos ladrones bajo cuya protección se había puesto el huésped de la venta de Cardeñas, según me dijo el ermitaño, pero me parecieron demasiado amables para ser bandidos. Mientras los contemplaba, levantaron sus tiendas, pusieron sus ollas al fuego, colgaron las cunas de sus niños de las ramas de los árboles vecinos. Y cuando terminaron todos estos preparativos se entregaron de nuevo a los placeres de su vida vagabunda, de los cuales, a sus ojos, el más precioso es la holgazanería” (p. 166). Creemos que el topónimo puede referirse al actual Cardeña, como comprobamos en la consulta de los textos originales franceses, en la referencia a la primera aparición del término: “Après-demain vous arriverez à la Venta de Cardegnas, où vous serez déjà hors de la Sierra-Moréna”, Jan

de Cardeñas, y ya estaréis fuera de Sierra Morena. He puesto algunas provisiones en las alforjas de vuestra montura (p. 88).

Esta curiosa novela gótica tuvo también una adaptación cinematográfica (*Manuscrito encontrado en Zaragoza*, 1965, de Wojciech Has), igualmente interesante, en la que se mantienen los mismos elementos que hemos ido señalando.

### *Juan Palomo o la expiación de un bandido*

Señalemos, a continuación, algunos rasgos de la creación literaria de tema bandoleril del sevillano Fernández y González, así como de la presencia de albergues, cuevas y ventas, especialmente de estos hospedajes, en alguna de sus novelas primerizas.

Cada vez estamos más convencidos que el legado legendario y tradicional del bandolerismo andaluz bebe en las fuentes de la novela folletinesca del sevillano don Manuel Fernández y González (1821-1888), aquel del que se decía malignamente, pero con bastante razón en el fondo, que sus siglas personales, MFG, equivalían a Mentiras Fabrico Grandes. El novelista tergiversaba y modificaba la historia a su antojo, con tal de hacer un producto literario atractivo y rentable. Se dice que sus obras le produjeron mucho dinero, y de ello dan fe las numerosas ediciones que se contabilizan; pero el fruto de su ingenio, de su inventiva y de su constancia, junto con la de sus colaboradores a sueldo, fue algo que, al parecer, dilapidó alegremente, muriendo finalmente en la pobreza. Todo ello le dio una aureola atractiva y una fama personal notable, aunque sabemos que estaba rodeado de un equipo de buenos colaboradores, de negros, diríamos ahora, en una especie de taller de composición de novelas por entregas, de las que medio mundo estaba pendiente. Y eso puede decirse no sólo de su momento histórico, el siglo XIX (él había nacido en 1821 y fallecería en 1888, como se ha indicado), sino que pervive, con intermitencias varias, hasta mediados del siglo pasado; las reediciones de Fernández y González en la época del franquismo, desglosadas en varios volúmenes, con un papel malísimo y atractivas portadas en color, sirvieron para solazar la imaginación de nuestros padres y nuestros abuelos, además de ser también lectura grata de muchos adolescentes.

Vale la pena recordar los títulos de las principales novelas de bandoleros de este fecundo narrador andaluz, entre las que hay que descartar por completo una, *El guapo Francisco Esteban* (1871), que no se ocupa del bandolero lucentino del mismo nombre, sobre el que existen sin embargo varios pliegos de cordel y alguna pieza teatral, como ya indicamos hace tiempo;<sup>24</sup> en la novela mencionada la acción pasa en Cartagena, es

---

Potocki, *Manuscrit trouvé à Saragosse*, Saint Petersburg, s.l., s.a. [1804-1805], p. 65. La misma frase en [Jan Potocki], *Dix journées de la vie d'Alphonse van-Worden*, Paris, Gide fils, 1814, I, p. 153.

<sup>24</sup> Cfr., al respecto, CRUZ CASADO, Antonio, "Un bandolero lucentino en los albores del siglo XVIII: Francisco Esteban de Castro", en *Actas de las Segundas Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía* (Jauja, octubre de 1998), Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 1999, pp. 67-102. Otros estudios del mismo autor sobre bandolerismo andaluz: "De nobles y bandoleros: *La Duquesa de Benamejí* (1932), de Manuel y Antonio Machado", en *Actas de las primeras jornadas de la Real Academia de Córdoba en Benamejí*, Córdoba, Diputación de Córdoba, 1998, pp. 315-331; "Lucena romántica (La visita del Conde de Carnarvon a Lucena en 1821)", *Angélica. Revista de Literatura*, 8, 1997-98, pp. 283-287; "El mito romántico del bandolero andaluz (Los viajeros románticos y José María El Tempranillo)", en *I Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía*, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2000, pp. 115-126; "La leyenda de José María El Tempranillo (Raíces literarias)", en Rafael Merinero Rodríguez, ed., *El bandolerismo en Andalucía. Actas de las III Jornadas*, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2000, pp. 195-240; "Bandoleros en escena: de la tragedia a la parodia (El teatro de bandoleros: Enrique Zumel y otros dramaturgos)", en *Actas de las V Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía* (Jauja, 20-21 octubre de 2001), Lucena,

un relato de frecuente ambiente marítimo, y el personaje no se parece en nada al de los pliegos de cordel, ni al del drama que conocemos. Hay que añadir, sin embargo, al repertorio del sevillano, una novela más de bandoleros, *El rey de Andalucía*, impresa en París, en 1868, en dos medianos volúmenes, lejos ahora de los miles de páginas de otras más extensas, que tiene como protagonista a José María, con lo que este personaje resulta ser el preferido por el autor, en el ámbito del mundo de los caballistas, porque él es también el centro de sus conocidos folletines *El rey de Sierra Morena. Aventuras del famoso ladrón José María* (1871-1874) y el posterior *José María El Tempranillo. Historia de un buen mozo* (1886).

Al sevillano Diego Corrientes dedica una novela (*Diego Corriente. Historia de un bandido célebre*, 1866) y sendas más a Miguelito Caparrotta, que fue un bandido auténtico, real, en contra de lo que creímos en algún momento, oriundo de la zona de Doña Mencía, ahora bien estudiado históricamente, y al Chato de Benamejí (*Don Miguelito Caparrotta, el célebre marqués ladrón*, 1872, y *El Chato de Benamejí. Vida y milagros de un gran ladrón*, 1874, respectivamente). También Juan Caballero parece haber sido objeto de su atención, en la obra *El señor Juan Caballero o Los hijos del camino*, 1889, publicada póstumamente; pero aún no hemos conseguido ver directamente el impreso que contiene sus aventuras.

Además, y es lo que nos interesa en este momento, Fernández y González se ocupó de los siete niños de Écija en dos volúmenes: *Juan Palomo o la expiación de un bandido*, de fecha incierta, pero que se suele situar en torno a 1855, no sabemos si acertadamente (nuestro volumen carece de cualquier indicación de fecha), con lo que sería la primera novela de bandoleros de la amplia serie antes esbozada, y *Los siete niños de Écija*, de 1863, texto autónomo desde el punto de vista narrativo e independiente del anterior. Estamos ante un denso y extenso folletín, de unas ochocientas páginas, que parece seguir con el mismo material argumental hasta la cuarta edición de la obra, de 1866, que es la que tenemos a la vista. En ediciones posteriores las dos novelas se engloban bajo el título general de *Los siete niños de Écija*, colocando en primer lugar la narración de 1863 y a continuación, sin ningún tipo de corte, la de 1855; es lo que constatamos en la quinta edición, en cuatro volúmenes, de 1875, que inserta, a partir de la página 350 del tomo II, la materia de *Juan Palomo*, con el primer capítulo “Las ventas de Cárdenas”, aunque han desaparecido algunas líneas del final de la novela anterior, que cerraban narrativamente el relato.

En el caso de la cuadrilla de bandoleros andaluces, *Juan Palomo*, la primera novela, presenta una cronología interna datada hacia 1834, como indica el mismo relato:

Por el año de 1834 habían pasado ya unos falsos Niños de Écija, que habían sustituido a los Siete Niños de Écija legítimos, por decirlo así; habían pasado también los Botías o Botijas, los de Juan Caballero y los de José María; es decir, que ya no había en la tierra baja caballistas *pure sang*; esto es,

---

Excmo. Ayuntamiento, 2002, pp. 189-233; “Del trabuco a la pluma: autobiografías de bandoleros andaluces”, en *Autobiografía en España: un balance* (Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001), eds. Celia Fernández y M<sup>a</sup> Ángeles Hermosilla, Madrid, Visor Libros, 2004, pp. 373-380; “El amor, la aventura y la muerte: la novela de bandoleros decimonónica (Manuel Fernández y González y otros narradores)”, *Actas de las VII Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía* (Jauja, 25-26 octubre de 2003), Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2004, pp. 77-139; “El espejo infiel: una aproximación al bandolero romántico y su reflejo en la literatura española”, en *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal. Ensayos sobre letras, historia y sociedad*, vol. 8, núm. 31, 2008, pp. 137-148; “Estudios sobre bandolerismo y literatura”, Prólogo al libro de Rosa Cardinale, *El bandolero español entre la leyenda y la vida real. Calas en configuraciones del bandolero en textos paradigmáticos de los siglos XVII-XX*, Madrid, Verbum, 2010, pp. 11-14, etc.

caballistas de historia conocida; lo que no quiere decir que se pudiese viajar con seguridad, porque había una multitud de caballistas anónimos de salteadores accidentales, que no salían a los caminos, sino cuando tenían noticia de que en alguna galera o diligencia iba algo que mereciese un golpe de mano<sup>25</sup>.

Sin embargo, *Los siete niños de Écija* se retrotrae argumentalmente a un momento histórico bastante anterior, como se aprecia ya en sus primeras líneas: “El día 6 de diciembre de 1817 a las doce de la noche, los vecinos de la calle de Regina, en Sevilla, habían despertado despavoridos por dos disparos que habían retumbado secos y terribles en medio del silencio” (p. 3).

Como nos parece bastante significativa y pionera, desde el punto de vista cronológico, la novela de *Juan Palomo*, queremos poner de relieve algunos aspectos de la misma. Hay en ella ciertos rasgos paradigmáticos que se pueden constatar también, con facilidad, en *Los siete niños de Écija*.

El protagonista se nos presenta, desde el comienzo del relato, con acentuados rasgos románticos, como un hombre en la plenitud de su madurez, atractivo y misterioso. Estos son los párrafos de su descripción física:

Era hermoso; con una hermosura ruda, acentuada; rostro oval; frente ancha, grandes ojos negros, de expresión poderosa, en los cuales se dejaba comprender una grande inteligencia; nariz aguileña, boca de labios gruesos, de bella forma, de expresión enérgica, y grandes patillas negras.

Debía haber sufrido mucho, porque en su semblante se notaba desaliento y como estereotipada una expresión de dolor, aceptado, sufrido con resignación.

Era esbelto, pero robusto y fuerte, y sus manos, aunque de forma enérgica, podían llamarse bellas.

Su traje era el de los labradores de Andalucía; sencillo y en buen estado. Su camisa, sin embargo, no estaba muy limpia, ni muy limpio tampoco el pañuelo que tenía en la cabeza (p. 9).

Pero además es un hombre que oculta una doble personalidad; su nombre habitual no es el auténtico, éste lo tapa para no ser reconocido por el resto de las personas. La cuestión se deja clara en la conversación que mantiene con Curra, una chiquilla famélica en la que él mismo cree reconocer a su hija perdida:

- Yo soy de la tierra baja, de Écija; y vamos, estoy seguro de que has oído mi nombre alguna vez, porque yo soy muy nombrado en Andalucía y fuera de ella.

- ¡Calla! ¿Será usted el señor José María?, dijo la muchacha.

- Un poquito más.

- Pues entonces no es usted el señor Juan Caballero, porque el señor Juan Caballero según dice mi tío, no es más que el señor José María.

El viajero, mirando cada vez más profundamente a la muchacha, había acabado por conmoverse.

A sus ojos había brotado una lágrima.

- Yo me llamo Diego Padilla, dijo; - la muchacha pareció desconocer aquel nombre; - pero también me llaman de otro modo: Juan Palomo.

---

<sup>25</sup> FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Manuel, *Juan Palomo o la expiación de un bandido*, Madrid, Miguel Prats editor, s.a., p. 4. Las restantes referencias en el cuerpo del texto.



- ¡Ah!, dijo la muchacha, el capitán de los Niños de Écija: pues mire usted, no pasa día en que mi tío no le nombre a usted y le eche una maldición (p. 10).

Y es que el antiguo bandido, ahora un tanto regenerado, esconde un duro secreto familiar: ha sido abandonado por su esposa, enamorada de otro hombre, y para colmo se ha llevado también a su hija pequeña, provocándole con ello un gran dolor.

Más adelante se nos explica, por boca del protagonista, el origen de su apodo, al mismo tiempo que expone ante la joven Magdalena, de la que se ha enamorado, algunos datos de sus orígenes, de su desgraciada historia personal<sup>26</sup>.

Por lo que se refiere al lugar de la acción de esta novela, nos encontramos en plena Sierra Morena, en las ventas de Cárdenas, sitios caracterizados como inhóspitos e incluso tétricos:

Montañas al cielo, valles al abismo. Torciéndose por las laderas de estas montañas sobre los profundos barrancos una carretera pendiente, y en esta carretera, sobre un derrumbadero, un caserón viejo, feo, grieteado, manchado por la intemperie, con un gran portalón y algunas desiguales ventanas.

La montaña a que nos referimos constituía el lugar de Sierra-Morena que se llama Despeñaperros; la carretera, la de Andalucía a Castilla la Nueva; aquel caserón de mal aspecto, las terribles ventas de Cárdenas, a cuyo nombre están unidas una multitud de historias sangrientas cuyos personajes son bandidos.

Aún hoy que la guardia civil tiene puestos en respeto a los salteadores, los que pasan junto a las ventas de Cárdenas experimentan una especie de estremecimiento de terror.

Sus negros paredones ahumados por el incendio existen aún como un padrón de infamia, y en la ladera del camino, antes de llegar a las ventas de Cárdenas, se pasa junto a la Cara de Dios; esto es, junto a un poste de piedra que sirve para señalar los respectivos límites de Andalucía y de Castilla la Nueva, y en el cual está toscamente señalado a cincel un rostro de Jesús.

Para llegar a las ventas de Cárdenas se ha pasado junto a dos precipicios conocidos con el nombre de salto del Fraile y salto de la Monja. (pp. 3-4).

En este contexto surgen los principales personajes de la novela:

La lluvia aumentaba: un viento pesado, frío, intermitente, zumbaba por intervalos en los flancos de la montaña; se oía el sordo rumor de la corriente de los barrancos, producida y aumentada por la lluvia.

Una leve espiral de humo negro, que incesantemente deshacía el viento, salía de las ventas, o más bien de la venta de Cárdenas, cuyo plural no comprendemos, porque era una sola.

---

<sup>26</sup> “- Sí, Juan Palomo es un apodo, un sobrenombre, un alias: ¿no sabe usted el proverbio que dice: Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como? Pues bien, a mí me pusieron ese nombre y me he quedado con él, porque yo me lo he hecho todo, me lo he guisado y me lo he comido; sólo que he comido un manjar muy agrio, muy duro, muy malo, y se me ha indigestado; yo tengo otro nombre: bueno es que sepa usted con quien habla y quién es el que encontrándola sola en el mundo va a hacer por usted los oficios de padre; yo soy un hombre ordinario, hijo natural de un hombre que engañó a mi madre, que era una pobre gitana; un fraile me enseñó latín, porque quería que yo me metiese en la Iglesia, pero el diablo lo quiso de otro modo y me metí en los caminos reales (es decir, en el mundo de la delincuencia que asaltaba en los caminos); me llamo Diego Padilla, y bajo este nombre soy tan famoso en Andalucía como el Cid Campeador en España”, p. 35.

En la puerta había una muchacha mal vestida, pálida y tan flaca, que se la hubiera podido tomar por un alma en pena (p. 6).

Confirmemos, no obstante, que estamos ante un relato plano, igual que en el de Jan Potocki, en lo que se refiere a los lugares de la acción, escasamente caracterizados, como hemos visto en ambos casos.

### *El ventero*

Mucho más abundante en datos de carácter etnográfico que las narraciones anteriores, más atentas como corresponde al género novelesco, a la presentación de los sucesos y a los diálogos de los personajes, es el texto del Duque de Rivas (1791-1865), *El ventero* (1839), que puede considerarse una mezcla de cuadro de costumbres, y como tal suele definirse al estar incluido en el volumen *Los españoles pintados por sí mismo*, y de relato de misterio y angustia. La primera parte del mismo nos describe como son las ventas, sus rasgos fundamentales constitutivos, sus variedades, para centrarse a continuación en el tipo del ventero, para desembocar, en lo que consideramos la segunda parte, en la narración de un suceso que le sucede a un amigo suyo, guiado por un contrabandista, que pernocta en una venta aislada.

Dice Rivas, siguiendo la definición del diccionario que incluye al principio del cuadro, que la venta es “la casa establecida en los caminos y despoblados, para hospedaje de los pasajeros” y añade, como segunda acepción que también es “el sitio desamparado y expuesto a las injurias del tiempo, como lo suelen estar las ventas”. Señala, además, que estos lugares solitarios y sus construcciones no han cambiado prácticamente nada desde el tiempo de Cervantes, de tal manera que las ventas de su época son muy similares a las que aparecen descritas en el *Quijote* o en otras obras cervantinas.

Comenta luego que hay tres tipos fundamentales de establecimientos de estas características: la venta, el parador y el ventorrillo, clasificación en la que el tipo básico es la venta, en tanto que el parador y el ventorrillo son variantes del mismo, en los que se ha producido un proceso de mejora, el parador, o de degradación, el ventorrillo. Explica luego que hay poblaciones que han surgido por agregación de edificios en torno a una venta, como son los casos de Cardeña y Azuel, decimos nosotros, respecto a lo cual escribe:

Y cuando el sitio en que hubo una se ha convertido en pequeña población arrimándosele otras, se designa con el nombre en plural, verbigracia: Ventas de la Pajanosa, Ventas del Puerto Lápiche, etc., etc. La venta, pues, verdadera, genuina, *proprement dite*, es la que está aislada, lejos de toda población, y principalmente en caminos de travesía<sup>27</sup>.

Más interés tiene, para la etnografía y la historia del habitat humano, los elementos constituyentes de estas edificaciones aisladas

Suelen ser ya grandes y espaciosas, ya pequeñas y redondas; pero siempre de aspecto siniestro, colocadas, por lo general, en hondas cañadas, revueltas y bosques; en sitios, en fin, sospechosos, y de modo que sorprendan, como quien dice, al viajero poco experto que con ella tropieza. Las más comunes, se

---

<sup>27</sup> El Duque de Rivas, “El ventero”, en *Los españoles pintados por si mismos*, Madrid, I. Boix editor, 1844, tomo II, p. 160. Las restantes referencias a esta edición se incluyen en el cuerpo del texto mediante la indicación de la página correspondiente.

componen de zaguán-cocina, despensa, un cuartucho para el ventero y su familia, si es que la tiene; un corralillo, una mala cuadra y un pajar, Y hasta los nombres apelativos con que suele designárselas indican, a veces, todo lo que son; como, por ejemplo, la Venta del Puñal, la del Judío, la del Moro, la de la Mala Mujer, ídem de los Ladrones y otros tales de que no me acuerdo, ni importa para nuestro propósito (pp. 160-161).

Claro que al Duque, lo que le interesa más, de acuerdo con el título del cuadro de costumbres, es el personaje del ventero, su origen y su actuación. He aquí algunos rasgos del mismo:

El ventero, aunque habitador del campo, no ha pasado, generalmente, sus primeros años en él, ni ha sido gañán u hortelano, ni ayudado de un modo o de otro al cultivo de la tierra. Por lo regular, fue en su juventud soldado o contrabandista, esto es, hombre de armas, y si no nació con temperamento belicoso y bajo la influencia del planeta Marte, fue, sin duda, en sus años mozos, calesero, arriero o corredor de bestias, que el vulgo suele llamar «chalán». No quita esto el que el ventero haya podido ejercer antes alguna otra profesión. El que escribe estas líneas encontró años atrás, en lo más recóndito de Sierra Morena, un ventero que había sido piloto y que hablaba en términos marineros y náuticos, que sonaban extravagantísimos en aquel paraje tan lejano del mar (p. 161).

El relato acerca de un amigo suyo, que quizás sea en el fondo el mismo Duque, nos presenta a un personaje que tiene que escapar ocultamente y que se deja guiar por un contrabandista. He aquí la descripción de la llegada de ambos a una venta, en un tono marcadamente romántico:

al terminar una encapotada tarde de otoño, y después de atravesar espesos matorrales y quebradas lomas, llegó a una venta que en medio de un despoblado y en la encrucijada de dos malos caminos, como de ruedas y otro de herradura, sobre una hondonada, había. Soplaba recio el viento, agitando la maleza y las copas de algunas encinas que de trecho en trecho se erguían en el raso que la venta ocupaba; el cielo parecía de plomo atravesado de siniestras ráfagas de color de leche, últimos esfuerzos de un sol moribundo; por una cabaña o rambla se descubría a un lado, y a lo lejos en el remoto horizonte, una gran población, cuyas gigantescas torres se dibujaban distintamente sobre una lista roja que marcaba el ocaso (p. 162).

Pero, progresivamente, la narración se convierte en lo que decía Santa Teresa refiriéndose a la vida: “una mala noche pasada en una mala posada”. El viajero está pendiente de todos los ruidos de la noche y de la casa solitaria y está casi seguro de que va a ser asesinado por su guía compinchado con el ventero. A altas horas de la noche, le despiertan unos disparos:

Cuatro horas largas de sueño llevaría, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido, se incorporó pronto en el lecho, y como notara que el reparo puesto al ventanuco había venido al suelo, cosa que advirtió porque la luna había salido y, aunque velada de opacas nubes, difundía alguna claridad, se levantó resuelto a volver a tapar aquel boquete. Al acercarse a él, creyó ver a lo lejos cuatro o seis fogonazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones; fijó los ojos a aquel lado, pero nada vio ni oyó más que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido, curioso, en su atalaya si el frío y el no haber vuelto a oír rumor alguno no le obligaran a volver

a tapar el ventanillo y a regresar tiritando a su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su extraña posición (p. 165).

Claro que al asustado protagonista le hacen creer que todo ha sido un sueño o efecto del vino que bebió la noche anterior, en una indefinición muy propia del relato fantástico.

Por último, el contrabandista se despide del viajero, sin querer recibir ningún tipo de gratificación, aunque exigiéndole silencio en todo lo que ha visto, o creído ver, en la venta la noche pasada. “Apanda la mui”<sup>28</sup>, acaba diciéndole. Y ese mandato lo vamos a seguir nosotros inmediatamente, no sin antes agradecerles cordialmente su generosa atención.

---

<sup>28</sup> En realidad, en la edición original de *Los españoles pintados por si mismos*, lo que se dice es “*Sonsoniche*” (p. 165), que parece tener el mismo significado que el gitanismo señalado. Para este consejo, tal como lo hemos expresado en el texto, cfr. SAAVEDRA, Ángel, Duque de Rivas, “El ventero”, en *Obras completas*, pról. Enrique Ruiz de la Serna, Madrid, Aguilar, 1956, p. 1557. Aquí se indica también la fecha de 1839 para este cuadro de costumbres.